



# El Trujamán REVISTA DIARIA DE TRADUCCIÓN

Martes, 6 de abril de 2004

BUSCAR EN EL TRUJAMÁN

AUTORES S. XX



## Borges y la traducción (IV): Una observación final

Por Marietta Gargatagli

La valoración del trabajo de Fitzgerald plantea, quizás por primera vez, una idea: la literatura es un libro infinito. Dice Borges: «Las licencias restantes que practicó —las interpolaciones, el emplazar la imagen helénica del arquero donde el persa describió el sol lanzando la mañana como un lazo sobre las azoteas, la blasfemia final— son lacras perdonables. La total hermosura de su obra las esconde con levedad».

Estas palabras describen una intromisión: la sustitución de una metáfora persa por otra helénica. Lo curioso es que esta desviación del original («apenas censurable por su propia hermosura») no haya sido creada con los instrumentos verbales de la lengua del traductor, el inglés, sino con los recursos poéticos del griego.

En futuros ensayos sobre la traducción («Las dos maneras de traducir»; el prólogo a la traducción de *El cementerio marino* de Paul Valéry; «Las versiones homéricas», repetición parcial de lo anterior; «Los traductores de *Las mil y una noches*») estas observaciones serán más complejas. «Omar Jayyám y Fitzgerald» es solo el comienzo de una heterodoxia crítica que se completa con el juicio final sobre la obra de Fitzgerald: «La veracidad de esa traducción ha sido puesta en tela de juicio, no su hermosura». Borges separa, como siempre estarán separados en su concepción literaria, los criterios de verdad y de belleza. No juzga la versión de Fitzgerald desde la clásica antinomia entre libertad y fidelidad; tal dilema es ajeno a sus juicios de valor sobre los textos y, en su opinión, también es ajeno a la literatura. Cuando la palabra escrita (incluidas las traducciones) es memorable, nadie se fija (habla el lector) en su verdad sino en su belleza. «El hecho estético (dirá siendo viejo) no requiere ser definido. El hecho estético es algo tan evidente, tan inmediato, tan indefinible como el amor, el sabor de una fruta, el agua». Juzgar una traducción por su hermosura, como hicieron los contemporáneos de Fitzgerald, es darle un lugar en la historia literaria; juzgarla por su verdad es un procedimiento tan inútil como interminable: Fitzgerald se apoderó de Khayyam que se apoderó de Al Ma'arri (este punto es judicialmente oscuro) que se apoderó de... (llegados a este punto, la policía literaria se da por vencida).

[Ver todos los artículos de esta serie](#)